



LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

UN VESTIDO.

Caridad quiere decir amor. Hay tres clases de amor incluidas en esta denominacion: el amor á Dios que es la adoracion; el amor á nuestros iguales que es la benevolencia, y el amor á los pobres y los que padecen, que conserva el nombre de este amor teologal, caridad.

Si por desgracia en nuestra acerba y descreída era, estan tibios y aminorados los dos primeros, no lo está por suerte el último, que permanece en el siglo, como una cruz en la cúspide de un edificio que van invadiendo, al menos al exterior, las frias aguas del indiferentismo.

Mientras mas cunde la miseria, merced á causas que no es del caso ni de nuestra incumbencia examinar, pero entre las cuales no obstante citaremos el lujo que semejante á un despreciable afeite pero que no es sino una mortífera lepra se vá estendiendo sobre toda la sociedad, y la carestía de los artículos de primera necesidad que oprime y ahoga á las clases menesterosas como un dogal, mientras mas cunda, deciamos, la miseria, mas ostensiblemente corre á su auxilio la caridad. Desde las graves hermanas de San Vicente de Paul que edifican al público, hasta los alegres histriones que lo divierten, todos concurren al mismo objeto. Centuplica la caridad sus recursos, y despues que las señoras imitando el ejemplo de las santas le han dedicado los primores de sus agujas, los hombres á su vez las imitan dedicando al mismo fin los trabajos de sus plumas. No elojaremos este buen propósito; las buenas obras sinceras y puras, tienen su pudor que rechaza al elojio como una recompensa, y la dádiva que obtiene premio no es tan dádiva como la que nada recibe — y esta es la razon por las que tantas almas piadosas ocultan tanto el bien que hacen mortificadas que son por la alabanza.

Honrada por la invitacion de sus fundadores á llenar las hojas de este periódico de LA CARIDAD y no pudiendo hacerlo sino con aquello á que nuestras fuerzas alcanzan, esto es narrando algun suceso de los muchos que pasan desapercibidos, sino á los ojos de Dios á los de los hombres, hemos elejido para este caso uno que está en concordancia con el espíritu y objeto del periódico y que enseña no solo la caridad, sino el modo de hacerla sin menoscabar los intereses de las familias, y el de aplicarla procurando que sus efectos sean trascendentales y duraderos.

Establecióse en una populosa ciudad de Andalucia un caballero que habia estado muchos años en América y traia de ella muchos *tesoros* como decia la voz pública, en su manera ponderativa. Pero era cierto que uno traia superior á los de oro y plata que se le suponian, y era una muger buena, honrada, modesta y caritativa, bien hallada entre las pacíficas y alegres cuatro paredes de su casa, feliz y contenta en su tranquilidad interior.

En breve echó de ver el marido el desenfundado lujo que ostentaban en su vestir las señoras de su nueva residencia, con el que contrastaba la modesta sencillez que en el suyo gastaba su muger. — Y así fué que le dijo un dia en que juntos iban á salir:

Luisa, preciso es que te compres un vestido como el que veo gastar á las otras señoras.

Felipe, contestó su mujer, esos vestidos que ves en otras cuestan cuatro mil reales; el año que viene no se gastarán ya, y son cuatro mil reales tirados, lo que es un despilfarro, y hasta una impropiedad en quien no tiene ni la posicion ni el caudal de unos Príncipes.

Siendo mas pudiente que otras que los llevan, deseo que no seas tú menos, lo que nos espon-dria á la crítica ó á la burla, respondió el marido.

Luisa se sonrió y calló; pero en lo que menos pensó fué en comprarse el vestido.

Cada vez que juntos salían le preguntaba D. Felipe.

¿Luisa, no te has comprado todavía el vestido?

Y ella con el fin de no contrariarlo buscaba disculpas por no haberlo hecho. Luisa, observaba entonces su marido, se sabe que tengo posibles y como nadie podrá creer que si una señora no lleva cual le corresponde un vestido rico, sea por motu propio, creerán que es mi avaricia y no tu voluntad la causa de que no lo tengas.

Un día que les acompañaba á la mesa un amigo íntimo de D. Felipe, le refirió este muy sentido lo que llamaba la manía de su mujer de no querer comprarse el vestido, y levantándose trajo cuatro mil reales en oro que entregó á Luisa con la expresa condicion de que habian de ser invertidos en la compra del vestido. — Salieron en seguida los amigos á pasear y Luisa entró en su gabinete y se sentó sobre una silla baja en su ciérro de cristales á hacer labor. — Aguardaba allí una de las muchas personas necesitadas que esta señora socorria con sus dones, y consolaba escuchando con el mayor interés la relacion de sus males y de sus desgracias.

La persona que la aguardaba conservaba un aspecto decente en medio de la mas completa miseria, gracias á Luisa que la habia provisto de las piezas de vestir necesarias para ello.

El marido de esta desgraciada habia ejercido toda su vida un empleo subalterno; pero hacia algun tiempo que sin causa ni pretesto habia sido privado de su cargo para favorecer á otro con él.

Anciano ya, sin conocimientos, fuerzas, ni proporcion de buscar otro modo de mantener á su familia, la angustia, el desconsuelo, y la irritacion que se apoderaron de su ánimo lo prostraron en cama. — En breve fué vendido su modesto ajuar y cuanto poseian para atender al sustento de la familia y á la asistencia del enfermo. Entonces su hijo, jóven á quien habia dado su padre una buena educacion y que por entonces estudiaba en la universidad, lo abandonó todo para trabajar y mantener á sus padres; pero como ningun oficio habia aprendido, no le quedó mas recurso que entrar en una obra de peon de albañil. — Empero, cinco reales que ganaba á tan inusitadas y duras penas que iban minando su

salud como no acostumbrado desde niño á tan rudo trabajo, lo que ganaba, decimos, no con el sudor de su frente, sino agotando las fuentes de su vida, no alcanzaba al doble objeto de sustentar á su familia y costear los gastos de la enfermedad de su padre!

Cuan palpables son las disposiciones de Dios en las grandes crisis de la vida!

¿Quién no ha visto claramente al dedo de Dios señalar á la caridad el lugar y ocasion en que debe ejercer su santa mision? — y así lo hizo ahora, por que una prima noche oyó Luisa, el dulce, triste y argentino son de la campanilla que anuncia á los fieles, que viene Dios á la casa del hijo que no pudiendo ir á la suya implora su presencia. Luisa iluminó su balcon, y se arrodilló adorando al Dios que da consuelo y fortaleza en esta vida pasajera y la Bienaventuranza en la eterna.

El santo Viático entró en un pobre corral cercano á su casa, y cuando de allí salió, despues de dejar el socorro del alma, entró el de la vida que en persona fué á llevarle Luisa.

Desde entonces venia diariamente la mujer del enfermo á llevar caldo y otros auxilios de aquella casa como lo hacian otros menesterosos; y por eso no habia querido Luisa tomar del dinero que le entregaba su marido para los gastos la crecida suma de cuatro mil reales lo que le hubiese impedido atender con holgura á estas obras de caridad que hacia sencillamente sin ruido y sin ostentacion, como riega una suave nube de primavera la sedienta tierra, por que preferia los goces del corazon á los de la vanidad. —

Señora, exclamó Luisa al notar que la pobre muger lloraba amargamente, ¿que tiene V.? — No se hallaba aliviado su marido de V.?

Si señora, contestó sollozando la interrogada, pero el hijo de mi alma, que no puede con el trabajo que hace, ayer cayó postrado y está echando sangre por la boca!

Hubo un rato de silencio, pues el dolor en la una y la compasion en la otra eran tales que no hallaban palabras que las expresasen.

Despues de un rato prosiguió la madre: tenemos un primo en la Habana que nos ha escrito que en vista de las cualidades, saber, é inteligencia de mi hijo, tiene proporcion para colocarlo allí ventajosamente, y que se lo enviemos; pero no tiene presente que el que no tiene para comer no tiene para costear un viaje á la Habana! — y

no obstante dice el médico que un viaje de mar es lo solo que podria salvar la vida á mi hijo! — Sinó le hubiesen quitado á mi marido el destino habria hallado quien con la fianza del sueldo le hubiese adelantado el dinero, pero ahora es un imposible. — Señora nos han perdido! Dios se lo perdone.

Luisa tenia los cuatro mil reales en la mano, — era tímida — era sumisa á su marido, pero era aun mas caritativa — Salvo la vida de este buen jóven, pensó, quizás haga su suerte y la de toda su familia, todo con privarme de un vestido de lujo y titubeo! —

Tome V. señora, dijo poniendo el oro en la mano de la desconsolada madre, y que inmediatamente parta su hijo de V. y que lo haga descuidado, pues mientras no escriba su llegada no faltará á ustedes el pan de cada dia. La explosion de júbilo y de gratitud de la pobre madre pintarásela al que esto lea mejor su imaginacion de lo que palabras pudieran hacerlo.

Ocho dias despues navegaba el enfermo hacia la Habana vigorizando sus pulmones los aires puros del mar, el descanso sus miembros, y la esperanza su espíritu.

Entre tanto la cuestion del vestido seguia siendo el solo pero perenne altercado del matrimonio de que nos venimos ocupando, — y no obstante el marido no era vano; pero el cobarde respeto humano le inducia á persistir en aquella mezquina exigencia con la que de continuo mortificaba á su exelente muger. ¿Y el vestido, preguntaba de cuando en cuando D. Felipe, te lo has comprado?

Esta que era tímida, no se atrevia á decir á su marido que habia dispuesto del dinero, y trataba de salir del paso con evasivas. Unas veces decia que no le gustaban los que de venta se hallaban, y que le habian dicho en las tiendas mejor surtidas que estaban aguardando nuevas remesas; otras que no habia salido por causa del frio ó falta de tiempo y así fueron pasando dias y meses. — Ya la paciencia de D. Felipe estaba gastada. — Quiere V. creer, dijo con irritacion á su amigo un dia que estaban sentados en la mesa, que habiendo, como V. recordará, dos meses que dí el importe del vestido á mi muger con la condicion que en él lo invirtiese al momento, que aun no lo ha hecho? ¿es esto leal? ¿no es con su aire gasmoño burlarse de mí?

Luisa: que, como hemos dicho era tímida, y que oia por primera vez palabras desabridas y duras

en boca de su marido, se turbó y afligió y dijo para calmarlo: está comprado.

Por fin! — albricias, repuso satisfecho D. Felipe. — ¿Donde está?

Lo tiene la modista, respondió su muger cada vez mas turbada, como todo aquel á quien falta severidad para seguir con paso firme la buena senda.

En este momento avisó un criado á media voz á Luisa que estaba ahí una de las pobres que favorecia que pedia hablarle con urgencia. Luisa se levantó. ¿Donde vas muger? — preguntó D. Felipe — á que es una pobre! dile que vuelva á otra hora. — Es la modista, contestó Luisa. Entonces vé, no te detengas y has traer el vestido para que lo veamos.

No habian pasado cinco minutos cuando entró Luisa apresuradamente. Sus ojos negros brillaban reflejándose en ellos una espléndida alegria, como brilla un puro cristal reflejando los radiantes rayos del sol; sus mejillas estaban encendidas como hogueras de regocijo, sus labios temblaban indecisos entre una gozosa sonrisa y un suave llanto. En la mano traia una carta desdoblada.

Toma Felipe, toma, exclamó alargándosela á su marido, ahí tienes el vestido!

Su marido asombrado y sin atinar cual seria el sentido de aquellas palabras tomó la carta y leyó.

«Padres de mi corazon. Se han acabado vuestros sufrimientos y los míos. Dios nos ha hecho felices por mano de uno de aquellos ángeles que el Cielo envia á la tierra para consuelo y bien de la humanidad. Gracias á él y al inesperado socorro que nos prestó, que fué tal que debió costarle algun sacrificio, lo que aumenta su valer y mérito, embarquéme y llegué aquí despues de una feliz travesia completamente restablecido. — apenas desembarqué cuando me dieron la colocacion que me tenia preparada mi tio en casa de sus antiguos amos, poderosos comerciantes que lo tienen en mucha estima, á los pocos dias me demostró el señor estar tan satisfecho de mi celo é inteligencia que me aumentó el sueldo y esta mañana preguntándome si estaba contento y respondiéndome yo que no podia estarlo por la ausencia de mis Padres y saberlos en tan infortunada posicion, me dijo que escribiese á ustedes que se vinieran, en vista de que tiene donde colocar á V. Padre. Mando adjunta para que costeen el viaje una letra importe del sueldo de los dos meses que no he gas-

tado con objeto de enviárselos, habiéndome tenido el tío en su casa, etc.»

Cuando D. Felipe hubo acabado la lectura de la carta, fijó los ojos en su muger con una mirada que espresaba toda la admiración, todo el cariño, todo el enternecimiento de que rebozaba su corazón, y solo pudo decirle: perdona Luisa.

La suave y modesta muger le contestó: perdona tú, pues te engañaba.

Mi culpa es, pues no supe inspirarte confianza, repuso el marido; si me lo hubieras dicho se habría hecho la buena obra sin que para eso tubieses que privarte de un buen vestido. — ahora me encargo yo de proporcionártelo, y por cierto que no habrá salido de las fábricas de Lyon otro mejor que el que recibas.

No, no, Felipe no, exclamó Luisa; si acaso lo que he hecho es una buena acción y me la recompensaras, no sería yo sino tú el que de ella tendría el mérito y la satisfacción y no te los cedo. — Además, el bien que se hace sin que nos cueste un sacrificio ó una privación pequeña ó grande, no deja del todo satisfecho el corazón ni completamente alegre la conciencia.

FERNAN CABALLERO.

DESPEDIDA

Á MI ADORADA O...

El sol tras las montañas
Su lumbre guarda,
Y huye mi amor... y en vano
Mi alma le aguarda.
Desde mañana,
Espirarán mis quejas
En tu ventana.

Ilusiones que huyeron
Tan solo lloro,
Porque perdí las huellas
De mi tesoro.
Mi dicha es vana,
Pues miro... y no te asomas
A tu ventana...!

Sin tí mi vida es triste,

Dulce amor mio,
Cual las pálidas flores
De invierno frio;
Pues suerte insana,
Quitó el sol de mi vida
De tu ventana.

Cuando la amarga ausencia
Paloma mia,
Solo le inspire al alma
Melancolia,
Leda y galana,
Recordaré tu imagen
En la ventana!

¡Ay! si en el mar del mundo
Me das á olvido,
Solo, bien de mi vida,
Solo te pido,
Que en él ufana,
Alguna vez te acuerdes
De tu ventana...!!

RICARDO MOLY DE BAÑOS.

31 Agosto, 1861.

UN PASEO POR LA ALAMEDA.

Débil es nuestra pluma para describir con sus verdaderos colores los cuadros que se presentan por las tardes en la Alameda y sobre todo en la de los domingos.

Pecho al agua, ya que es tiempo de baños y fuera timidez. El objeto es que sepan aquellos que no frecuentan dicho paseo lo que en él ocurre desde las cinco de la tarde hasta las diez de la noche.

A las cinco, únicamente se pasean los carros del regadío, pero bien podían suprimir el paseo, pues aunque su desprendimiento tocante al agua no puede ser mas loable, los vestidos de las señoras están que trinan con el tal desprendimiento.

Terminado el paseo de los carros, dá otro el que cuida del aseo y limpieza del terreno, pero algunas veces, no obstante su cuidado, ha lucido el salón algo que no le convenia lucir.

En estas digresiones ha pasado media hora. Las niñas vienen con sus niños, hemos dicho mal, con los de sus amos, y allí es el cuartel general, donde se cuchichea, se critican los caracteres de las señoras y las exigencias de las

señoritas, mientras las criaturas corren por el enfangado piso á secar con sus vestidos los lagos que el riego ha formado.

El tiempo corre que vuela, ya el sol va de caída y es preciso ir á encender las luces. Tres minutos despues el salon queda sin niñeras.

La música coloca sus atriles y el que enciende el gas viene á llenar su comision.

Esta es la hora del crepúsculo. La hora en que á pesar de estarse entre dos luces no vemos nada. Esta es la melancólica hora que entristece á muchos.

Pero las señoras se levantan y empieza lo que puede llamarse con propiedad el paseo.

La alegría renace y cuando la última luz de la tarde va desapareciendo, toca la música como celebrando su ausencia.

Hemos dicho que empieza la música pero no hemos dicho que empiezan los apretones.

Vamos á explicarnos.

Hay muchas personas que para oír las melodías de los instrumentos necesitan estar junto á ellos y de aquí la muralla de carne que rodea á los músicos molestándoles y entorpeciendo el paso á los demás.

Entre las sillas y esta muralla movable, queda un callejon, ó mejor dicho, no queda nada, pues se reduce á un tortuoso desfiladero donde todos reniegan de haberse metido, protestando de no volver mas, cosa que nunca sucede, donde se fracturan piernas y se rompen vestidos, donde se dan bromas y se reciben pisotones, donde los enamorados aprovechan la ocasion para soltar una palabra amorosa, cuando no sueltan un billete, donde todo prójimo se atasca, todo vestido se estropea, todo miriñaque cruje y todo callo recibe las caricias de algun pié masculino, que hasta esa desgracia tenemos los pobres transeuntes.

Pero ha llegado á ser este paso tan celebrado que ya no son solos los que van á oír la música, los que se paran, pues que muchos se detienen para observar las divertidas escenas que allí se presentan, y siguiendo de este modo, llegará dia, esperamos, en que el estrecho desaparecerá por completo á causa de ser la totalidad espectadores.

Todo, no obstante, tiene su tiempo marcado y estas estrecheces van poco á poco aminorándose hasta que á eso de las nueve ya se puede pasar sin dificultad alguna.

Entonces el público se replega y se forma lo que llaman el Campamento, distribuyéndose en grupos que reciben el nombre de corrillos y comienza el fuego graneado.

Fulano que está hace dias incómodo con fulana, no puede sufrir pacientemente que sutano le hable á babor de la Alameda mientras él se encuentra á estribor.

La niña H. abre y cierra el abanico como si plegase y desplecase una bandera á la cual perteneció cierto oficial que ha desertado, para ase-
diar á una pollita morena cuyo nombre ignora.

El señor N duerme halagado por el fresco de la brisa, mientras su esposa trata con un caballero sexajenario de si la carne vale á sesenta cuartos ó los pollos estan mas caros que nunca.

Hay, sin embargo, una parte de público que se propone no dejar ni á fulano que mire á fulana, ni á la niña H que observe á su antiguo amante, ni al anciano N, que descanse, ni á su mujer que hable de economía doméstica.

Esta parte de público es el que viene ofreciendo avellanas mas dulces que terrones de azúcar, es el pobre que pide á ejemplo de pobre porfiado, es el que vende los billetes de loteria, es el que toca el violin es, en fin esa poblacion ambulante que acosa, asedia y pide de mil maneras pero siempre con un fin uno esclusivo, sacar algo.

Un poco antes de las diez, las danzas habaneras dan el adios al paseo y un poco despues todo queda lo mismo que á las cuatro de la tarde.

Esto es lo que ha sucedido, sucede y sucederá probablemente esta noche.

De una cosa no hemos hablado y es del abandono que se nota en los niños chicos que corren, saltan, tiran cohetes y atropellan en su carrera á los transeuntes. Mejor es callar. Todos hemos sido muchachos y el que mas ó el que menos ha saltado y se ha divertido. ¡Cuánto daríamos por volver á aquellos tiempos!

Todo inútil; á un domingo sigue otro, á un paseo otro paseo, pero á la niñez no sigue otra niñez! Disfrutarla es preciso. Pero no se crean esos angelitos que elogiamos el proceder de atropellar, no, la libertad jamás ha sido la licencia.

Para jugar al toro, Málaga tiene espaciosos campos, es necesario que pongan mas cuidado en lo que hacen y conceptuar que no es de niños decentes ni bien educados ir á bandadas detrás de dos muñecas de tonelete para lograr el triunfo de darle un empujon ó recibir un bufido.

Hará efecto este semi-sermon?

Habia un hombre sumamente bueno, de corazón noble y caritativo, pero tenia el vicio de emborracharse todos los domingos.

Cierto dia se lo llevó de paseo un amigo suyo y viendo á un borracho perdido que estaba tendido en medio de la corriente siendo el ludibrio de cuantos pasaban, le dijo:

—Ves, hombre, á lo que conduce la bebida; mira ese infeliz que está siendo el juguete de cuantos pasan; despreciado de todos ¿como podrá ocupar jamás una ni aun mediana posision en la sociedad? Sus pobres hijos morirán en la miseria, su pobre muger víctima del pesar que la consume morirá tambien sin el consuelo de ver á su marido siendo digno de llamarse hombre. ¡Hé aquí á lo que conduce el vicio del vino! Este hombre podia estar en su casa tranquilamente gozando de los placeres de la vida y haciendo la felicidad de su familia, y ya lo ves...

El amigo que habia escuchado con la mayor atencion tan justas reconvencion estaba conmovido; sus ojos no podian contener las lágrimas;

luego dirigiendo una triste mirada á aquel infeliz borracho que continuaba revolcándose en el suelo exclamó:

—Pobrecito!... así estaré yo el domingo que viene.

El efecto que causó en este pobre hombre el sermón de su amigo, será probablemente el que surtirá el nuestro en el ánimo de esas criaturitas, y sinó ya lo verán nuestros lectores el Domingo que viene.

J. C. B.

EN EL ALBUM

de la

SEÑORITA DOÑA P. DE Z.

Deja que admire, Paca,
Tus gracias bellas
Y que mi lira cante
Tus lindas prendas;
Debo advertirte,
Que palabras no bastan
A describirte,

Tus vivos ojos lanzan
La luz del día,
Y en ellos, retratarse
La mar ansía;
Eres espejo,
Y el sol no es mas que un rayo
De tu reflejo.

Eres Paca, bonita
Como la rosa,
Y tu inocencia envidia
La mariposa.
Son tus colores,
Matices de pureza,
De Dios primores.

Eres tórtola mansa
Que no ha tendido
Sus angélicas alas
Fuera del nido.
Tierna paloma
Que el aire la lastima,
Cuando á él asoma.

Dios te ha dado, Paquita,
Diez y ocho abriles,
Que son diez y ocho flores
De sus jardines,
Y son tan bellas,
Que es un eden divino
Cada una de ellas..!

Solo abriga virtudes
Tu casto seno
Y el corazon te late,
De dolo ageno.
Feliz mil veces
Tú que la dicha apuras
Hasta las heces.

Si el amor en tu pecho
Nunca has sentido,
Dolores implacables
No has padecido;
Que amor es llama
Que atormenta y devora
Cuando se inflama.

No turbe tu reposo
Nunca el bullicio
De ese mundo que brinda
Placer ficticio;
Vive escondida
Cual perla que en su concha
Pasa la vida...!

Si de la vida el album
Yo te explicára,
El volúmen del tuyo
No me bastára.
Vive contenta,
Sin saber que es la vida
Mar turbulenta!

Ya que concluyo el canto;
Niña, te pido
Que mi lira y mis musas
No des á olvido;
Que iran de acuerdo
Mis musas y mi lira
Con tu recuerdo...!

Vicente Palazon Sanchez.

HUGO.

TRADICION TEUTÓNICA.

(CONCLUSION.)

—Todo lo arrostraré antes que me arrebatase ese infame la vida que hoy ansio. Ayer nada me hubiera costado el morir, hoy deseo la vida.

Esto diciendo se despojó de su blanca capa, casco y espada.

—Espérame aquí, Blanca —añadió— deo esta capa que puede embarazarme en el combate, deo este casco demasiado débil para recibir golpes, deo en fin esta espada poco resistente para descargarlos. Voy á revestirme de una armadura que pare los golpes del acero mejor templado, voy á ceñir mi espada cuyo peso espanta á los mismos polacos; y si sucumbo, cara les ha de haber costado mi vida. Toma —continuó dirigiéndose á Blanca— toma esta cruz de diamantes; si yo muero ella te recordará mi memoria.

Blanca lanzó un profundo suspiro.

—No temas, ángel mio, con mi armadura de guerra soy invulnerable. La sola idea que me atormenta es la dificultad de podernos evadir de la persecucion del Tribunal. Pero un pensamiento me ilumina. Si muero, los subterráneos del templo idólatra pueden ofrecerte un asilo, corro al momento á prepararlo. Poco tardaré, espérame, cobra ánimo.

Hugo fué á salir.

La lámpara espiraba.

Una mano helada le detuvo.

Él tomó aquella mano y Blanca fijó los ojos en el guerrero como el marino en la tierra natalicia que abandona para siempre,

—Parte —le dijo— Dios te proteja.

Hugo partió efectivamente, y despues de vestir su terrible armadura, se dirigió á los subterráneos del templo. Todas las salidas estaban tomadas; un paso mas le hubiera puesto á disposicion de sus enemigos. Su vista se turbó, sus piernas vacilaron y una agonía cruel ahogaba su pecho.

III.

La muerte.

La hora señalada por el ejecutor del fatal decreto iba á espirar cuando este entró suavemente en la sala.

La luz espirante iluminaba lúgubrementes aquel recinto y relampagueaba chirreando.

En uno de estos destellos dejó ver en la sala un caballero de la orden Teutónica. La vicera que cubria su rostro no dejaba ver sus facciones. Su pecho estaba cubierto con la coraza y de sus hombros pendia la blanca capa con la cruz negra de los caballeros de la orden.

Nada sin embargo se veia en la actitud del guerrero que indicase el ardor que pocos momentos antes le animaba. Resignado y silencioso esperaba su sentencia.

El caballero de la negra armadura se acercó á él.

—Estás dispuesto Hugo? —le dijo— reconoces tu crimen y mi deber?... no hablas? Pues bien yo debo cumplir mi mision, defiéndete Hugo. ¿No te mueves...? Dios tenga compasion de tu alma!

El caballero no exhaló el menor quejido cuando el puñal atravesó su pecho.

El verdugo dejó el acero en el corazon de la víctima y salió de la estancia;

De repente la puerta se abre con estruendo.

Un caballero enteramente armado penetra en la sala. Es Hugo en cuyos ojos brilla el valor y la desesperacion.

La lámpara acababa de apagarse.

—Blanca..... mi querida Blanca..... dice gritando — estoy cierto que he de vencer, las guardias han desaparecido, huyamos.

Diciendo esto avanza y tropieza con un cuerpo helado.

Se arroja al suelo, y toca los largos y rizados cabellos de su amada, palpa su armadura y todo lo comprende en aquella penosa oscuridad.

Un rayo de ira enardece al guerrero, algunos instantes despues un completo desfallecimiento le hace caer de rodillas.

Despues de esta horrible noche nada se ha vuelto á saber de Hugo.

El tribunal secreto habria creído cumplir su mision, pero el tribunal secreto habia dado un golpe en vago.

LA BIBLIOTECA DEL MUNDO.

El pobre nace llorando
y llorando nace el rico,
porque es ley universal
de nacer todos lo mismo,
que luego las diferencias
dependen de otros motivos.
Crece el uno y crece el otro
en edad y raciocinio.
Cruzan la vida, y la cruzan,
entre goces y martirios,
como en un prado se encuentran
flores y abrojos unidos.
Y cuando despues de mucho
haber gozado ó sufrido,
llega la vejez, y llega
sin descanso en su camino,
buscan en el corazon
lo que son y lo que han sido;
y en el corazon encuentran
todo su pasado escrito;
y comprenden que la vida,
por diferentes motivos,
es una historia continua
que solo sabe uno mismo.
Si, cada hombre es una historia,
cada corazon un libro,
y el mundo una biblioteca
cuyo autor es el Altísimo.

J. C. BRUNA.

PARÁBOLA.

La rosa musgosa.

El Angel encargado de guardar las flores y que durante la noche las riega con su argentado rocío, se quedó dormido un delicioso día de primavera á la sombra de un rosal.

Cuando despertó no pudo menos de dar las gracias á aquella planta por el dulce aroma con que le habia adormecido y la fresca sombra que le habia prestado,

—Pídemelo que quieras—le dijo el Angel—y te será concedido.

—Dame un nuevo atractivo, suspiró el espíritu de la rosa.

El Angel la adornó entonces, con un simple musgo.

Y desde aquel momento la rosa musgosa no solo es de las mas bellas, sino que luciendo tan modesto adorno se distingue de todas las demás.

Aprended con este ejemplo, hermosas jóvenes, que mas que las galas de ostentacion y el brillo de las piedras preciosas vale un simple adorno de la naturaleza.

ENIGMA.

Todas las que lean hoy este periódico estando en su casa se hallan probablemente en lo que es el enigma.

Se compone de seis letras y solo tiene una vocal, repetida tres veces.

Combinando estas seis letras puede formarse; un nombre que despierta ideas de supersticion, aquello que es contrario al bien, el epíteto de una muger que nos es útil en la niñez y el nombre que dan los militares á cierto modo de vestir.

Esperamos que alguna señorita le dé la solucion.

Solucion dada á la inscripcion sepulcral publicada en nuestro número anterior.

O superbe, quid superbis? tua superbia te superabit. Terra (1) es, et in terram (2) ibis. (3) Mox eris quod ego nunc.

TRADUCCION.

Oh hombre orgulloso! por qué te ensobreveces? Tu orgullo será tu ruina. Polvo eres y polvo te has de volver. En breve has de ser lo que yo soy ahora.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

- (1) Que son los tres ra ra ra.
(2) Que son los tres ram ram ram.
(3) Y repetido, esto es i i.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cintería, núm. 3.